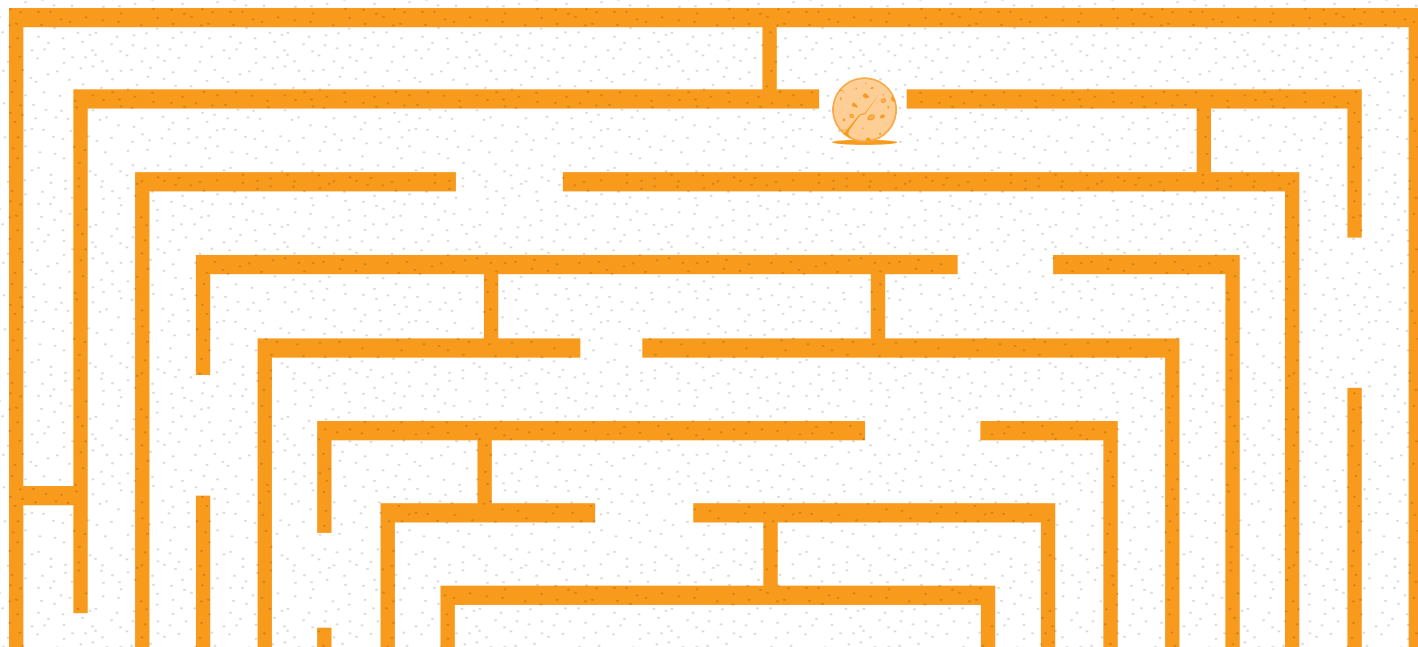


La Representación del Médico en “La Peste” de Albert Camus.
Narrativa, Hermenéutica y Medicina

*The Representation of the Doctor in "The Plague" of Albert Camus.
Narrative, Hermeneutics, and Medicine*

Luis Alberto Villanueva Egan¹, Miguel Ángel Lezana Fernández¹



RESUMEN

Las obras literarias además del disfrute que nos otorgan nos informan de la realidad y del mundo para su conocimiento y transformación. Así, entender una obra literaria es traducirla a nuestra experiencia, a nuestra vida para poder narrar así nuestra humanidad a partir de las historias concretas de los personajes, es decir revela aspectos universales de la condición humana. Un protagonista o referente destacado en la historia de la literatura ha sido el médico. Este trabajo trata sobre la representación del médico en la figura del Dr. Bernard Rieux, héroe de la novela La Peste del escritor Albert Camus.

PALABRAS CLAVE: narrativa, hermenéutica, antropología médica, La Peste, Camus.

ABSTRACT

Literary works as well as the enjoyment that we give inform us of the reality and the world for his knowledge and transformation. Thus, understanding a literary work is translate it to our experience, our life to be able to narrate so our humanity from the concrete stories of the characters, i.e. reveals universal aspects of the human condition. A protagonist or reference in the history of the literature has been the doctor. This work deals with the representation of the doctor in the figure of Dr. Bernard Rieux, hero of the plague of the writer Albert Camus novel.

KEY WORD: hermeneutics, medical anthropology, plague, narrative, Camus.

¹Dirección General de Difusión e Investigación, Comisión Nacional de Arbitraje Médico. México

Correspondencia: Dr. Luis Alberto Villanueva Egan
Correo electrónico: laave650608@gmail.com .

Contra una larga noche gris.

La narración es consustancial a la condición humana: todos contamos historias y a todos nos gusta escucharlas. La literatura como habitante del mundo narrativo nos permite ensanchar la comprensión de nuestra facultad racional más allá de la razón científica, de la razón pura. Mientras el pensamiento lógico-científico busca la categorización o conceptualización, y su lenguaje está regulado por la coherencia y la no contradicción, la forma de pensar narrativa se preocupa de las intenciones y acciones humanas, por las vicisitudes y consecuencias del vivir humano.

La narrativa trata de alcanzar lo particular contingente, la multiplicidad, lo nuevo, lo que puede ser y no ser, a diferencia del paradigma científico que busca lo necesario, lo que no puede no ser, la razón de la unidad. Suponer que la narrativa puede pensarse desde la razón científica es lo mismo que confundir la razón lógica con el fundamento real de la existencia de algo. La máxima contingencia coincidirá, pues, con la máxima libertad, la máxima conciencia y la máxima realidad. La racionalidad narrativa busca acoger la complejidad de la vida y de la experiencia.

El pensamiento narrativo se basa en una preocupación por la condición humana. Moratalla nos dice al respecto *“Los relatos tiene desenlaces tristes o alegres, y nos conmueven o nos irritan; los argumentos teóricos y científicos son simplemente convincentes o no convincentes”*.¹ Siguiendo a Bruner se puede decir que *“la literatura es un instrumento de la libertad, la luminosidad, la imaginación y, sí, la razón. Es nuestra única esperanza contra la larga noche gris”*.²

Se trata de ir más allá de la *“experiencia”* positivista de *“hechos”* controlables y medibles hacia una experiencia abierta, plural, compleja y diversa del mundo de la vida, en la que hemos de movernos en un campo de interpretaciones, ideas y creencias, con la compañía y sabiduría de la imaginación como órgano de conocimiento y profundización de la realidad.

La metáfora es un recurso imaginario presente en la literatura que, además de ser fuente de placer estético, un adorno del lenguaje, es una forma de decir la experiencia de otra manera, de redescubrir la experiencia, de rehacerla, de refigurarla. De esta manera, las metáforas engendran un tipo de conocimiento. Su carácter ficcional ayuda a moverse a través de imágenes y pasiones, y es por ello que constituyen un recurso estético y afectivo que recrea

el mundo; no es proyección del autor sino proyección de la obra en el encuentro con el lector. Retomando a Moratalla: *“(la narración) tiene la capacidad de desplegar un mundo ante el cual/en el cual/por el cual podemos figurarnos, imaginarnos, ensayar, rechazar, aceptar..., es decir, interpretar vitalmente.”* Más adelante en el mismo texto señala: *“La narración es un instrumento fundamental para analizar críticamente nuestra vida”*.¹

Las obras literarias son formas de traducción de experiencia, de culturas, de puntos de vista diferentes, que además del disfrute que nos otorgan nos informan de la realidad y del mundo para su conocimiento y transformación. Así, entender una obra literaria es traducirla a nuestra experiencia, a nuestra vida para poder narrar así nuestra humanidad a partir de las historias concretas de los personajes, es decir revela aspectos universales de la condición humana. Es otra forma de narrar nuestra vida, y a escuchar (leer) la narración que otros hacen de mi propia vida: la vida biológica se hace una vida biográfica.

Un elemento nuclear del relato es la trama, la cual supone una síntesis coherente de elementos heterogéneos. La función de la trama es constructiva al crear sentidos y darnos inteligibilidad con respecto a los que pasa en el mundo: organiza la experiencia de una cierta manera y nos la hace comprensible.

Toda narración es mimesis (construcción, imitación, representación) de una realidad previa y está compuesta por símbolos, relatos e ideas de los que el creador se nutre en su composición de la obra, el mundo en el que están el creador y espectador antes de la obra y sobre la que operará el creador (mimesis I o momento de la prefiguración). Además, la mimesis es capaz de transformar, influir o cambiar algo en la realidad (mimesis III, *“re-configuración”* o *“catarsis”*).

Finalmente, la mimesis II, operación constitutiva de la trama (*“configuración”*), corresponde al espacio de la ficción, de la creación de mundos imaginarios; es intermediaria entre la Mimesis I (*“antes de...”*) y la mimesis III (*“después de...”*), donde el elemento vertebrador es el *“mythos”* o la trama.³

La mimesis es representación creadora, fabuladora; toma distancia mediante la ficción. Si bien, el mundo de la literatura nos muestra experiencias construidas, estas sólo nos dirán algo siempre y cuando no rebasemos los límites de lo verosímil como experiencias posibles de un ser humano real.³

Prefiguración, configuración y refiguración son, pues, los tres momentos de la experiencia narrativa. Dice Moratalla: *“La hermenéutica, entendida como teoría y práctica de la interpretación, no busca detrás de la obra (en circunstancias sociológicas o en la biografía del autor) las claves de su sentido, sino que intenta explicar el movimiento por el que un relato despliega un mundo delante de él. Lo que se interpreta es una proposición de una experiencia, de un mundo, que tiene algo que decirme, que podría ser la mía o tendría que ver conmigo”*.¹

La hermenéutica hablará de una “apropiación” del mundo propuesto, sin la cual no hay posibilidad de comprensión. Pero sólo es posible apropiarse o comprender una obra cuando se ha entendido a que responde, es decir, cuando se ha aclarado, al menos delimitado, el problema al que la obra intenta dar respuesta.

Hermenéutica, medicina y antropología

Además de tratarse de fenómenos biomédicos o psicobiológicos, las enfermedades pueden entenderse como fenómenos culturales. Por lo que la aproximación a las enfermedades puede darse desde las perspectivas simbólica, interpretativa o hermenéutica. De acuerdo a Martínez Hernández la antropología médica analiza las dimensiones culturales y simbólicas de los procesos de salud y enfermedad a partir de orientaciones interpretativas, hermenéuticas, semióticas, narrativas e incluso estéticas. En éstas se descartan las cadenas de causas que producen las enfermedades en beneficio de una interpretación de sus significados en términos de un contexto. En ese sentido, la mayor contribución de la antropología médica es el desarrollo de un campo crítico del modelo biomédico de las enfermedades. La biomedicina con su predominio de la explicación sobre la comprensión ha desasistido o despreciado los discursos y expresiones de aflicción, los relatos de los pacientes y de los trabajadores de la salud. La enfermedad y no las vivencias, necesidades o representaciones culturales de los enfermos o de los trabajadores de la salud es la prioridad de la biomedicina. En la forma de disfunciones biológicas.⁴

Tradicionalmente, una parte significativa de la aplicación de los saberes científicos a las prácticas de salud busca una explicación causal al riesgo, el padecimiento y su tratamiento o prevención. Esa explicación debe ser verificable a través de la contrastación empírica y ser expresada en términos matemáticos.

Sin embargo, las ciencias contemporáneas vienen experimentando desde la primera mitad del siglo XX, una amplia revisión en cuanto a la extensión y significado de las verdades que produce, utiliza y disemina. En ese proceso, las ciencias fueron abandonando el positivismo ingenuo que sustentaba la metafísica causalista y empirista (sin abandonar la idea reguladora de la verdad, entendida como producción de evidencias intersubjetivamente compartibles), en dirección a una concepción más perspectivista y constructorista de las evidencias que producen. Es decir, las ciencias pasaron cada vez más a asumir y lidiar con el carácter circunstancial, aproximativo y limitado de esas evidencias. En otros términos, las ciencias pasaron a ser entendidas como una forma de discurso, caracterizada por una búsqueda de validación intersubjetiva basada en su compromiso con la verdad. Pero ya no una verdad absoluta, en el sentido fuerte de leyes naturales inmutables develadas por el poder del intelecto humano, sino como proposiciones verificables, con un grado aceptable de incertidumbre, en un determinado régimen de validez, producidas en relaciones sujeto-objeto explícitamente delimitadas.⁵

Si la hermenéutica es constitutiva de toda la *praxis* humana y de su conocimiento, en algunas situaciones prácticas la experiencia propiamente hermenéutica estará colocada en primer plano, será la razón misma de su modo de ser. Se trata de las situaciones en las cuales los principios de comprensión-interpretación pasan a un primer plano. Si bien, los ejemplos clásicos de disciplinas que tienen que ver con la interpretación son la filología, la teología y el derecho, Hans-Georg Gadamer ha discutido la importancia de la hermenéutica en la salud. En efecto, el acto de cuidar implica una dimensión práctica (moral, ética, política, sociales) que requiere la aplicación de un conjunto de saberes y juicios a situaciones particulares, requiere la dialéctica de la comprensión-interpretación-aplicación. Porque al conocer a fondo a sus pacientes el buen médico también se conoce a sí mismo (autognosis).⁶

En ese sentido, por más que una consulta médica, por ejemplo, esté “colonizada” por la lógica instrumental, por más que los saberes tecno-científicos estén siendo llevados a sustituir otras esferas de racionalidad en los encuentros terapéuticos, siempre hay en el acto asistencial, por más restricta y pobremente trabajada que esté, una inexorable dimensión hermenéutica, la necesidad de saber cómo

determinados saberes generales pueden ser aplicados a un paciente concreto. El concurso de saberes del usuario y del profesional es indispensable para que el trabajo en salud alcance sus más elevadas finalidades prácticas. Fundir esos horizontes es una tarea eminentemente hermenéutica.⁵

No sólo hay que serlo sino parecerlo.

Del acto de mirar, la conciencia y la circunstancia nace la imagen. La representación mental de la idea del médico ocupa un lugar de importancia en la sociedad de cualquier época y posee una gran diversidad de valores sociales, ideológicos y simbólicos por lo que merece una atención destacada.

En las diferentes culturas, la figura del médico (en su carácter de curandero, sanador, terapeuta o profesional de la salud) tiene un particular protagonismo en momentos trascendentes del trayecto vital como lo son el nacimiento, la muerte y la enfermedad. De las tres, es la enfermedad, la que en mayor medida aparece vinculada a la medicina, ya que de ella nace y por ella se justifica: la enfermedad se impone como motivo a la salud. Al respecto Frau expone: *“Si lo mórbido, como decimos, puede seducir a algunos artistas, la infección, el contagio, lo incapacitante, la decadencia el cuerpo, los males inconfesables, las plagas o las dolencias que se asocian a la miseria son difícilmente asumibles para el resto de los mortales, y el médico, entonces, sobresale como uno de los valedores más firmes de los que dispone el ser humano. De ahí, pues, la importancia de su figura y la razón de que aparezca en todo tipo de manifestaciones artísticas, casi siempre vinculada a estos conceptos vecinos, los de enfermedad y la muerte (...).”*⁷ En la literatura, a lo largo del tiempo, se encuentran alusiones que tienen al médico como protagonista o referente destacado.

“La peste” de Albert Camus

La Peste fue publicada, tras el fin de la segunda guerra mundial, en 1947, como una alegoría de Francia bajo la ocupación nazi. Desde esta perspectiva, la peste se apropia del destino de una colectividad y la somete a un régimen de opresión impotencia y terror que aún después de acabado permanece su simiente en estado latente en la sociedad.⁸ En palabras del doctor Rieux, héroe trágico y narrador de la historia, *“el bacilo de la peste*

peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormida y (...) llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa”.⁹ Dejando de lado la metáfora sobre las tiranías de cualquier signo, las referencias sanitarias a lo largo de la novela.

Los hechos ocurren en Orán, ciudad del noroeste de la natal Argelia de Albert Camus. La ciudad portuaria es descrita como monótona, tranquila, neutra, sin sospecha, sin palomas, sin árboles, y sin jardines, una ciudad que favorece los hábitos y que exige una buena salud, como cualquier ciudad moderna. Por lo mismo, nadie esperaría que fura el lugar de asiento de una epidemia devastadora.

La épica del doctor Bernard Rieux

Una mañana de abril, al salir de su habitación, el doctor Bernard Rieux tropezó con una rata muerta en el rellano de la escalera. Las ratas muertas proliferan en los espacios públicos de Orán, lo que sería el preámbulo de la enfermedad en los humanos, a la sorpresa de los primeros tiempos sucedería el pánico.

No obstante el número de muertes progresa día a día en forma vertiginosa las autoridades políticas y sanitarias de Orán se niegan a reconocer que se encuentran frente a una epidemia de peste bubónica, la peste negra, la misma que en la Edad Media provocó la muerte de alrededor de treinta por ciento de la población europea.

En este contexto, es el doctor Rieux quien da la señal de alarma frente a la amenaza de muerte que se cierne sobre la población, es él quien le da nombre a la enfermedad, venciendo su propia incertidumbre e incredulidad. A partir de que se le nombra sobreviene el terror, el aislamiento, la delimitación del cuerpo del enfermo y la separación de los seres queridos. Además, los enfermos y sus familiares se ven inmersos en un nuevo mundo de reglamentaciones e instrucciones a seguir que no permiten la consideración de los sentimientos individuales: aprenden *“a no vivir vueltos hacia el porvenir, a conservar, por decirlo así, los ojos bajos”*.⁹ La ciudad de Orán, declarada en cuarentena y aislada del resto del mundo, es el escenario del sufrimiento y el horror.⁸

Sin embargo, también en el acto de nombrar está el atisbo de claridad de lo que debe ser reconocido, *“espantar las sombras inútiles y tomar las medidas convenientes”*. Al nombrar, acude a nuestro encuentro la esperanza para, más temprano o más tarde, vencer a la epidemia.

Rieux corre de un enfermo a otro, dirige el hospital auxiliar creado Ex profeso para el aislamiento de los enfermos y dirige las decisiones sanitarias para contener la epidemia, es un héroe trágico: solo, sin dios, lucha sin descanso contra la enfermedad:

“¿No es cierto, puesto que el orden del mundo está regido por la muerte, que acaso es mejor para Dios que no crea uno en él y que luche con todas sus fuerzas contra la muerte, sin levantar los ojos al cielo donde Él está callado?”

–Sí–asintió Tarrou–, puedo comprenderlo. Pero las victorias de usted serán siempre provisionales, eso es todo.

Rieux pareció ponerse sombrío.

–Siempre, ya lo sé. Pero esa no es una razón para dejar de luchar.”

La tarea es ardua, fatigosa, invencible, la derrota es cotidiana y en la consciencia de su tormento consuma al mismo tiempo su victoria.

Para el doctor Rieux el único medio para luchar contra el mal representado por la epidemia, es la honestidad en los pequeños esfuerzos cotidianos sin la pretensión de heroísmo. La honestidad en los actos concreto no en la elucubración:

“(...) no se trata de heroísmo. Se trata solamente de honestidad. Es una idea que puede que le haga reír, pero el único medio de luchar con la peste es la honestidad.

–¿Qué es la honestidad?–dijo Rambert, poniéndose serio de pronto.

–No sé qué es, en general. Pero, en mi caso, sé que no es más que hacer mi oficio.”

Rieux es un hombre rebelde que lo manifiesta abiertamente en su desprecio por dioses aficionados a los sufrimientos inútiles infligidos a inocentes, su odio a la muerte y su apasionamiento por la vida. Es en su trabajo como médico como busca encontrar el sentido de la vida frente al Absurdo. Es en la terrenalidad en la que busca el camino hacia la felicidad como lo ilustra este diálogo que sostiene con el sacerdote Paneloux:

“(...) El doctor notó que el grito del niño se había hecho más débil, que seguía apagándose hasta llegar a extinguirse (...) Con la boca abierta

pero callado, el niño reposaba entre las mantas en desorden, empujando de pronto, con los restos de lágrimas en las mejillas (...) Rieux se alejaba de la sala con un paso tan precipitado y con tal aire que cuando alcanzó a Paneloux y pasó junto a él, éste alargó el brazo para detenerlo.

–Vamos doctor– le dijo.

Pero con el mismo movimiento arrebatado Rieux se volvió y lo rechazó con violencia.

–¡Ah!, este por lo menos era inocente, ¡bien lo sabe usted!

–¿Por qué hablarme con esa cólera? –Dijo una voz detrás de él–. Para mí también era insoponible ese espectáculo.

Rieux se volvió hacia Paneloux.

–Es verdad –dijo–, perdóneme. El cansancio es una especie de locura. Y hay horas en esta ciudad en las que no siento más que rebeldía.

–Lo comprendo –murmuró Paneloux–, esto subleva porque sobrepasa nuestra medida. Pero es posible que debamos amar lo que no podemos comprender.

Rieux se enderezó de pronto. Miró a Paneloux con toda la fuerza y pasión de que era capaz y movió la cabeza.

–No, padre –dijo–. Yo tengo otra idea del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados.

(...) Paneloux se sentó junto a Rieux. Parecía emocionado.

–Sí –dijo–, usted también trabaja para la salvación del hombre.

Rieux intentó sonreír.

–La salvación del hombre es una frase demasiado grande para mí. Yo no voy tan lejos. Es su salud lo que me interesa, su salud, ante todo.”

En el centro de la ética del doctor Rieux se encuentran la honestidad y la solidaridad como valores fundamentales haciendo a un lado concepciones de tipo metafísicas o religiosas:

“Tarrou murmuró que eso no terminaría nunca y que seguiría habiendo víctimas porque ésa era la norma.

–Es posible –respondió el doctor–, pero, sabe usted, yo me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre.”

“¿Deberían los doctores ocultar la verdad a los pacientes con el propósito de mitigar sus temores y ansiedades?” Se pregunta el filósofo James Drane¹⁰ y él mismo se contesta: “El hecho de ocultar la verdad en la relación médico - paciente requiere de especial atención, ya que los pacientes, en la actualidad, más que nunca, experimentan un severo daño si se les miente. No sólo se socava la autonomía del paciente, sino que, además, aquellos pacientes que no están al tanto de la realidad acerca de las intervenciones experimentan una pérdida total de la confianza lo cual es fundamental para el proceso de curación. Los pacientes se preocupan por la honestidad. La necesitan, puesto que se encuentran enfermos, vulnerables y tienen que cargar con preguntas gravosas que requieren de respuestas exactas”. No obstante, en algunos contextos clínicos puede justificarse moralmente la reducción de una revelación total. Drane dice: “decir la verdad total requiere de compasión, inteligencia, sensibilidad y el compromiso de permanecer con el enfermo después de que se le ha revelado la verdad”. Lo anterior se ilustra con toda su complejidad y profundidad en el siguiente diálogo entre el doctor Rieux y su amigo Tarrou quien se encuentra enfermo de peste:

“Al llegar a la puerta oyó que Tarrou lo llamaba. Volvió atrás.

Pero Tarrou parecía debatirse con la expresión misma de la idea que quería expresar.

–Rieux –dijo al fin–, tiene usted que decirme todo; lo necesito.

–Se lo prometo.

Más adelante, cuando la sombra de la muerte ya se ha posado en el cuerpo de Tarrou, el doctor Rieux se mantiene fiel a su promesa de hablar siempre con la verdad, respetando así el deseo de su amigo:

“–¿Respira usted mejor?

–Un poco, ¿eso quiere decir algo?

Rieux se calló un momento, después dijo:

–No, Tarrou, eso no quiere decir nada. Usted conoce tan bien como yo la tregua matinal.

Tarrou asintió.

–Gracias –dijo–, respóndame siempre así, exactamente.”

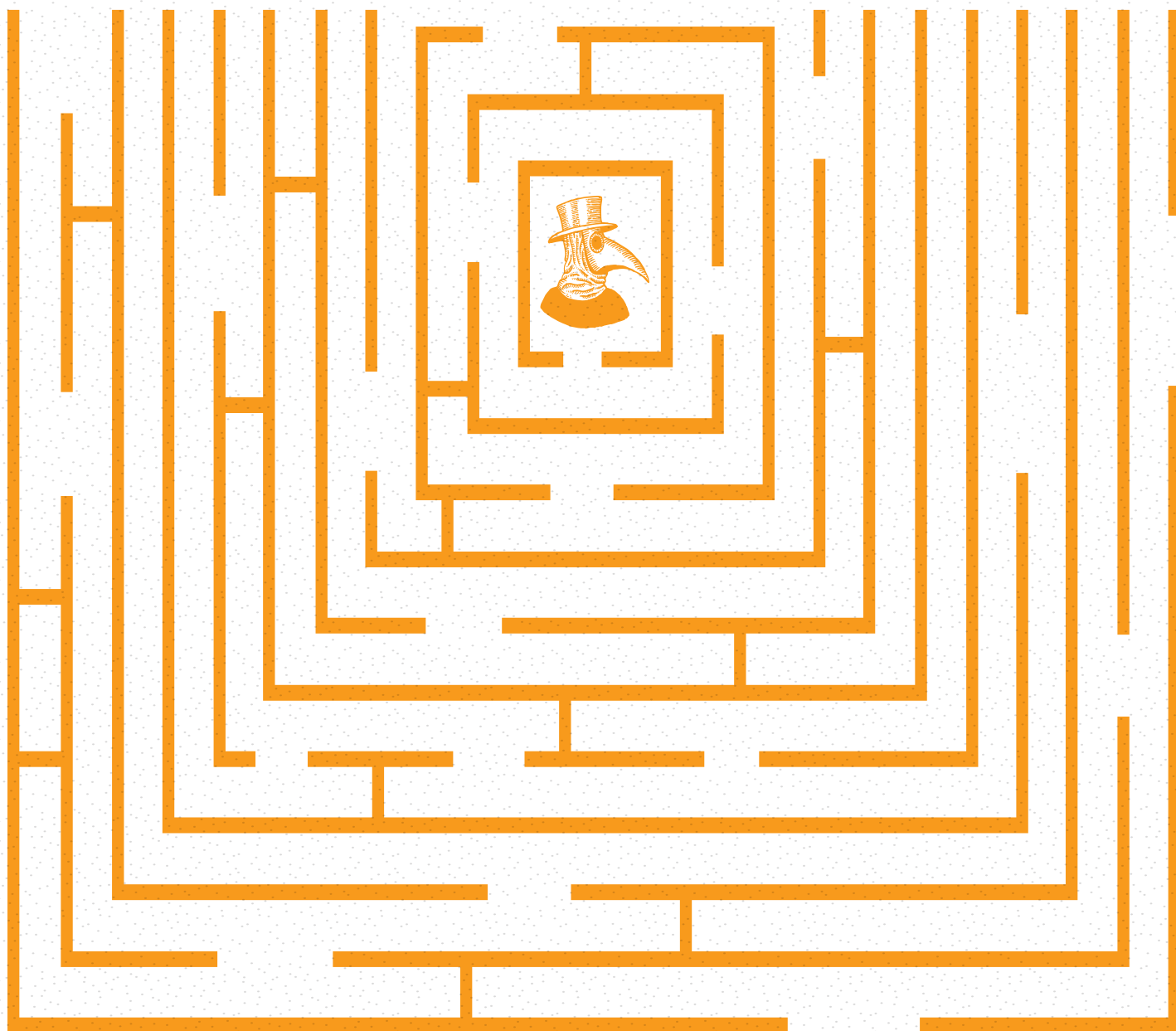
Además del explícito respeto por la autonomía de Tarrou, en el diálogo previo, decir la verdad está relacionado con la beneficencia y la justicia.

En otras líneas del texto, el doctor Rieux también hace una declaración sobre la importancia de la empatía cuando hablando de sí mismo en tercera persona dice: “(...) tomó deliberadamente el partido de la víctima (...) no había uno solo de sus sufrimientos que no fuera al mismo tiempo el de los otros.”

El final de la narración de los acontecimientos que se produjeron en Orán y que constituyen el tema de esta crónica, nos habla sobre la importancia de permanecer alerta frente a la peste y la posibilidad de esperanza frente a la desgracia gracias a hombres como Rieux que enseñan la fidelidad superior que niega a los dioses y levanta las rocas. “El esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre” dice Camus en “El mito de Sísifo”.¹¹

“El doctor Rieux decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que callan, para testimoniar a favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio.

Pero sabía que, sin embargo, esta crónica no puede ser el relato de la victoria definitiva. No puede ser más que el testimonio de lo que fue necesario hacer y que sin duda deberían seguir haciendo contra el terror y su arma infatigable, a pesar de sus desgarramientos personales, todos los hombres que, no pudiendo ser santos, se niegan a admitir plagas y se esfuerzan, no obstante, en ser médicos”.



Referencias

1. Moratalla, Tomás Domingo. Bioética y cine. De la narración a la deliberación. Madrid : San Pablo, 2011.
2. Bruner, J. Realidad mental y mundos posibles. Barcelona : Gedisa, 2004.
3. Ricoeur, Paul. Tiempo y Narración. Vol I. Quinta. México : siglo xxi editores, 2004.
4. Martínez Hernández, Ángel. Antropología médica. Teorías sobre la cultura, el poder y la enfermedad. Barcelona : Anthropos, 2008.
5. Ayres, José Ricardo de Carvalho Mesquita. Para comprender el sentido práctico de las acciones de salud: contribuciones de la hermenéutica filosófica. Salud Colectiva 2008; 4: 159-172.
6. Gadamer, Hans-Georg. El estado oculto de la salud. Barcelona: Gedisa, 2001.
7. Frau, Juan. La imagen del médico en el arte y la literatura. Madrid : Casimiro, 2016.
8. Marulanda, Valentina Albert Camus. Lecciones de La peste.. Revista Universidad de Antioquia 2011; 303: 79-81.
9. Camus, Albert. La peste. Buenos Aires : Sudamericana, 1967.
10. Drane, JF. Honesty in medicine: Should doctors tell the truth. American Journal of Bioethics 2002; (2): 14-17.
11. Camus, Albert. El mito de Sísifo. Madrid : Alianza, 1981.